Carta a un crítico severo*

GILLES DELEUZE

Eres encantador, inteligente, malintencionado, dado incluso a la maldad. Todavía un esfuerzo... porque en fin, la carta que me envías, invocando ora lo que *se* dice, ora lo que tú mismo piensas, y los dos mezclados, es una especie de júbilo sobre mi supuesta desdicha. Por un lado, me dices que estoy pillado, de todas formas pillado, en la vida, en la enseñanza, en la política, que me he vuelto una sucia vedette, que por cierto no durará y que no lograré salir del apuro. Por otro lado, me dices que siempre he ido retrasado, que os chupo la sangre y pruebo vuestros venenos, a vosotros los verdaderos experimentadores o héroes, pero que me quedo en el borde mirándoos y aprovechándome de vosotros. Yo, no veo nada de eso. Los esquizos, verdaderos o falsos, me están jodiendo ya tanto que me convierto alegremente a la paranoia. Viva la paranoia. Qué es lo que quieres inyectarme con tu carta, sino un poco de resentimiento (estas pillado, estas pillado, "confiésalo"...) y un poco de mala conciencia (no tienes vergüenza, siempre vas atrasado...); si eso es todo lo que tenías que decirme, no valía la pena. Te vengas por hacer un libro sobre mí. Tu carta esta repleta de una simulada conmiseración y de un verdadero apetito de venganza.

Para empezar, te recuerdo sin embargo que no he sido yo quien ha deseado este libro. Dices tus razones para haberlo querido hacer: "Por humor, azar, apetito de dinero o de ascenso social". No veo bien cómo todas estas cosas podrán ser satisfechas de ese modo. Una vez más es asunto tuyo, y te he dicho desde el principio que tu libro no me concernía, que no lo leería o que lo leería más adelante como concerniéndote, pero a ti. Viniste a verme para pedirme no se qué de inédito. Y, verdaderamente para darte gusto, te propuse un intercambio de cartas: era más fácil y menos fatigoso que una entrevista con magnetófono. A condición de que esas cartas fueran publicadas bien distintamente de tu libro, como una especie de apéndice. Lo aprovechas ya para

* Texto aparecido como apéndice en el libro de Michel Cressole, *Deleuze*. Ed. Universitaires, París, 1973. Reeditado en Pourparlers, Gilles Deleuze, Minuit, París, 1990.

deformar un poco nuestro acuerdo, y me reprochas el haberme comportado contigo como una vieja Guermantes diciendo "se le escribirá", como un oráculo enviándote a Correos o como un Rilke rechazando sus consejos a un joven poeta. ¡Oh paciencia!

Es cierto que la benevolencia no es vuestro fuerte. Cuando ya no sepa amar o admirar a personas o cosas (no muchas), me sentiré como muerto, mortificado. Pero vosotros se diría que habéis nacido todos amargados, vuestro arte es el del guiño, "a mi no me la juegas... hago un libro sobre ti, pero te vas a enterar...". De todas las interpretaciones posibles elegís generalmente la más malintencionada o la más baja. Primer ejemplo: quiero y admiro a Foucault. He escrito un artículo sobre él. Y él sobre mí, donde se encuentra la frase que citas: "Un día quizás el siglo será deleuziano". Tu comentario: "se echan flores". Parece que no pueda captar tu espíritu que mi admiración por Foucault sea real; así como tampoco que la pequeña frase de Foucault sea una frase cómica destinada a hacer reír a los que bien nos quieren, y hacer gruñir a los demás. Un texto que conoces explica esta malevolencia innata de los herederos del izquierdismo: "Si es usted valiente, intente pronunciar en una asamblea izquierdista la palabra fraternidad o benevolencia. Se entregan al ejercicio extremadamente estudioso de la animosidad bajo todos sus disfraces, de la agresividad y el escarnio aplicados a todo lo dicho y a toda persona, presente o ausente, amiga o enemiga. No se trata de comprender al otro, sino de vigilarlo"[1]. Tu carta es de alta vigilancia. Recuerdo a un tipo de Fhar declarando en una asamblea: si no estuviéramos aquí para ser vuestra mala conciencia... Extraño ideal un tanto poli[ciaco] eso de ser la mala conciencia de alguien. Y tú igual, se diría que el hacer un libro sobre (o contra) mí debe en tu espíritu darte un poder sobre mí. Nada de eso. En lo que a mí concierne me asquea tanto la posibilidad de tener mala conciencia como la de ser la mala conciencia de los otros.

Segundo ejemplo: mis uñas, que las tengo largas y sin cortar. Al final de tu carta dices que mi chaqueta de obrero (no es verdad, es una chaqueta de campesino) vale lo que la blusa arrugada de Marilyn Monroe, y mis uñas, lo que las gafas negras de Greta Garbo. Y me inundas de consejos irónicos y malévolos. Como vuelves varias veces al tema de mis uñas, te lo voy a explicar. Siempre podrá decirse que mi madre me las cortaba, y que está en relación con Edipo y con la castración (interpretación grotesca, pero psicoanalítica). Se puede ver también, observando la extremidad de mis dedos, que me faltan las huellas digitales de ordinario protectoras, de tal modo que el tocar con la punta de los dedos un objeto y sobre todo un tejido me produce un dolor nervioso que exige la protección de largas uñas (interpretación teratológica y seleccionista). Se puede también decir, y es verdad, que mi sueño es ser no invisible, sino imperceptible, y que compenso dicho sueño con la posesión de uñas que puede meterme en mi bolsillo, por lo que nada me choca más como el que alguien pueda mirarlas (interpretación psico/sociológica). Se puede decir finalmente: "No tienes que comerte tus uñas porque son tuyas: si te gustan las uñas, cómete las de los otros, si quieres y si puedes" (interpretación política, Dariana). Pero tú, tú eliges la interpretación más fea: "quiere singularizarse, hacerse la Greta Garbo". En cualquier caso es curioso el hecho de que, de todos mis amigos, nadie se haya fijado nunca en mis uñas, encontrándolas totalmente naturales, plantadas ahí al azar como el viento que trae los granos y que no hace hablar a nadie.

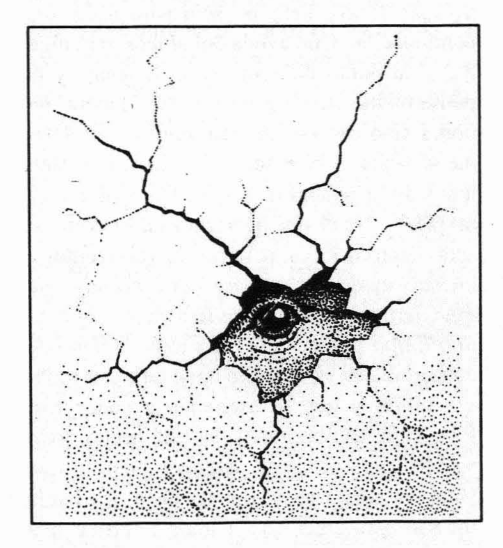
[1] *Recherches*, numero de marzo 1973, "Gran enciclopedia de las homosexualidades." (Nota del autor).

Vuelvo a tu primera crítica, en la que dices y vuelves a decir en todos los tonos: estás bloqueado, estás pillado, *confiésalo*. Fiscal general. No confieso nada. Puesto que se trata por tú culpa de un libro sobre mí, querría explicar como veo lo que yo he escrito. Soy de una generación, de una de las últimas generaciones que ha sido más o menos asesinada con la historia de la filosofía.

La historia de la filosofía ejerce en filosofía una función represiva evidente, es el Edipo propiamente filosófico: "Espero que no osaras hablar en tú nombre en tanto y cuando no hayas leído esto y aquello, y aquello sobre esto y esto sobre aquello". De mi generación, muchos no lograron escapar de esto, otros sí, inventando para ello sus propios métodos y nuevas reglas, un tono nuevo. Yo, he "hecho" durante largo tiempo historia de la filosofía, he leído libros sobre tal o tal autor. Pero me compensaba de diversas formas: en primer lugar queriendo a autores que se oponían a la tradición racionalista de dicha historia (y entre Lucrecio, Hume, Spinoza, Nietzsche, hay para mí una unión secreta constituida por la crítica de lo negativo, la cultura de la alegría, el odio de la interioridad, la exterioridad de las fuerzas y las relaciones, la denuncia del poder..., etc.). Lo que detestaba sobre todo, era el hegelianismo y la dialéctica. Mi libro sobre Kant es diferente, me gusta, lo he hecho como un libro sobre un enemigo del que intento mostrar cómo funciona, cuáles son sus mecanismos / Tribunal de la Razón, uso comedido de las facultades, sumisión tanto más hipócrita cuanto que nos confiere el título de legisladores. Pero, sobre todo, mi manera de componérmelas en esa época era, así lo creo, concibiendo la historia de la filosofía como una especie de sodomía o, lo que viene a ser igual, de inmaculada concepción. Me imaginaba llegando por la espalda a un autor, y hacerle un hijo, que sería el suyo y que sin embargo sería monstruoso. El que efectivamente fuera el suyo, es muy importante, porque hacía falta que el autor dijera realmente todo lo que yo le hacía decir. Pero que el niño fuera monstruoso, era también importante, porque hacía falta pasar por toda clase de descentramientos, deslizamientos, roturas, emisiones secretas que tanto placer me dieron. Mi libro sobre Bergson es para mí ejemplar en este sentido. Y hay todavía hoy gente que se destornilla de risa porque haya escrito incluso sobre Bergson. Es porque no saben la suficiente historia. No saben el odio que Bergson pudo concentrar, al principio, en la Universidad francesa, y de qué modo sirvió de punto de unión para toda clase de locos y de marginales, mundanos o no mundanos. Y si es a pesar suyo o no, poco importa.

Luego leí a Nietzsche, quien me sacó de todo eso. Porque es imposible someterle a él a un tal tratamiento. Hijos por la espalda, él es el que os los hace. El da un gusto perverso (que ni Marx ni Freud han dado a nadie nunca, al contrario): el gusto de cada uno de decir cosas sencillas en nombre propio, de hablar por afectos, intensidades, experiencias, experimentaciones. Decir alguna cosa en nombre propio, es algo verdaderamente curioso; porque no es en absoluto en el momento en el que nos tomamos por un yo, una persona o un sujeto, cuando uno habla en su nombre. Al contrario, un individuo adquiere verdaderamente un nombre propio, al término del más severo ejercicio de despersonalización, cuando se abre a las multiplicidades que le atraviesan de parte a parte, a las intensidades que lo recorren. El nombre como aprehensión instantánea de una tal multiplicidad intensiva, es lo opuesto a la despersonalización operada por la historia de la filosofía, una despersonalización de amor y no de sumisión. Hablamos del fondo de lo que no sabemos, del fondo de nuestro propio subdesarrollo. Nos hemos vuelto un conjunto de singularidades sueltas, apellidos, nombres, uñas, cosas, animales, de pequeños

acontecimientos: lo contrario de una vedette. Empecé pues a hacer dos libros en este sentido vagabundos, *Diferencia y repetición* y *Lógica del sentido*. No me hago ilusiones: todavía están llenos de un aparato universitario, es pesado, pero hay algo que intento sacudir, hacer mover en mí, tratar la escritura como un flujo, no cómo un código. Y hay páginas que me gustan en *Diferencia y repetición*, esas sobre el cansancio y la contemplación por ejemplo, porque son vivencias vivas a pesar de las apariencias. Aquello no iba lejos, pero comenzaba.



Y después vino mi encuentro con Felix Guattari, la manera en que nos entendimos, completamos, despersonalizamos el uno en el otro, singularizamos el uno por el otro, en resumen, querido. El resultado fue *El anti/ Edipo*, y fue un nuevo progreso. Me pregunto si una de las razones formales de la hostilidad que a veces aparece contra este libro no es justamente el que haya sido hecho por dos, porque a la gente le gusta las desavenencias y las asignaciones. Intentan entonces desenmarañar lo indiscernible o fijar lo que corresponde a cada uno de nosotros. Pero puesto que cada uno, como todo el mundo, es ya varios, eso hace demasiada gente. Y sin duda no podemos decir que *El anti/Edipo* esté libre de todo aparato de saber: todavía es bien universitario, bastante sensato, y no es la pop'filosofía o el pop'análisis soñados. Pero me choca esto: que los que sobre todo encuentran que este libro es difícil, son aquellos que más cultura tienen, sobre todo cultura psicoanalítica. Dicen: ¿qué es el cuerpo sin órganos?, ¿qué quiere decir máquinas deseantes? Por el contrario, los que saben pocas cosas, los que no están podridos por el psicoanálisis, tienen menos dificultades y dejan de lado sin problemas lo que no entienden. Es por esta razón por lo que hemos dicho que este libro, al menos de derecho, estaba dirigido a tipos entre quince y veinte años. Y es que hay dos maneras de leer un libro: o bien se le considera como una caja que remite a un interior, y entonces se pone uno a buscar los significados, tras lo cual, si se es todavía más perverso o corrupto se partirá a la búsqueda del significante. Y el libro siguiente, será considerado como una caja contenida en la precedente o conteniéndola a su vez. Y se comentará, se interpretará, se pedirán explicaciones, se escribirá el libro del libro, hasta el infinito. O bien de la otra forma: consideramos un libro como una pequeña máquina a/ significante; el único problema es "¿funciona?, ¿y cómo funciona?". ¿Cómo funciona para usted? Si no funciona, si nada pasa, pues coja otro libro. Esta otra lectura, es una lectura en intensidad: algo pasa o no pasa. No hay nada que explicar, nada que comprender, nada que interpretar. Es de tipo enchufe/eléctrico. Cuerpos sin órganos, conozco a gente sin cultura que de inmediato lo entendieron, gracias a sus "costumbres" propias, gracias a su manera de hacerse uno. Este modo de leer se opone al precedente, porque refiere de inmediato un libro al Afuera. Un libro, es un pequeño engranaje en una maquinaria exterior mucho más compleja. Escribir es un flujo

entre otros cualesquiera, y que no tiene ningún privilegio en relación a los otros, y que entra en relaciones de corriente, de contra/corriente, de remolinos con otros flujos, flujos de mierda, de esperma, de palabra, de acción, de erotismo, de moneda, de política, etc. Como Bloom, escribir sobre la arena con una mano masturbándose con la otra / ¿dos flujos en qué relación? Para nosotros, nuestro afuera, uno al menos de nuestros afueras, ha sido una cierta masa de gente (sobre todo jóvenes) que está harta del psicoanálisis. Están "pillados", para hablar como lo haces tú, puesto que más o menos continúan haciéndose analizar, piensan ya contra el psicoanálisis, pero piensan contra él en términos psicoanalíticos. (Por ejemplo, motivo de risoteo íntimo, ¿cómo los muchachos del Fhar, las chicas del M.L.F., y otros muchos, pueden hacerse analizar? ¿No les molesta? ¿Se lo creen? ¿Qué diablos deben hacer sobre el diván?). Es la existencia de dicha corriente la que ha hecho posible *El anti/Edipo*. Y si los psicoanalistas, de los más estúpidos a los más inteligentes, tienen por lo general una actitud hostil contra este libro, pero defensiva más que agresiva, no es evidentemente a causa únicamente de su contenido, sino en razón a esa corriente que va a crecer, en el que la gente está de más en más harta de oír como les dicen "papá, mamá, Edipo, castración, regresión", y de ver como se les propone acerca de la sexualidad en general, y de la suya en particular, una imagen propiamente imbécil. Como se suele decir, los psicoanalistas, deberán tomar en cuenta a las "masas", a las pequeñas masas. Recibimos bellas cartas en este sentido, venidas de un lumpenproletariado del psicoanálisis, mucho más bellas que los artículos de los críticos.

Esta forma de leer en intensidad, en relación con el afuera, flujo contra flujos, máquina con máquinas, experimentaciones, acontecimientos de uno que nada tienen que ver con un libro, el hacer jirones el libro, la puesta en funcionamiento con otras cosas, no importa cual..., etc., es una forma amorosa. Ahora bien, tú lo has leído exactamente así. Y el pasaje de tu carta que me parece bello, incluso bastante maravilloso, es en el que dices cómo lo has leído, qué uso le has dado en lo que a ti se refiere. ¡Ay! ¡por desgracia!, ¿porqué vuelves tan rápido a los reproches / no lograrás salirte de esta, os esperamos en el segundo tomo, enseguida os reconoceremos...? No, no es del todo cierto, tenemos ya nuestra idea. Haremos la continuación porque nos gusta trabajar juntos. Pero no será para nada una continuación. Con ayuda del afuera, será algo hasta tal punto diferente en el lenguaje y el pensamiento, que la gente que nos "espera" no podrá sino decirse: se han vuelto completamente locos, o bien son unos puercos, o bien han sido incapaces de seguir. Decepcionar es un placer. No es que queramos hacer como si estuviéramos locos, pero nos lo volveremos a nuestro modo y a nuestra hora, no hay que empujarnos. Sabemos perfectamente que *El anti/Edipo* primer tomo está todavía lleno de compromisos, demasiado lleno de cosas todavía sabias y que se asemejan a conceptos. Pues bien, cambiaremos, ya está hecho, todo va bien para nosotros. Algunos piensan que vamos a seguir en la misma línea, los había incluso para creer que íbamos a formar una quinta escuela psicoanalítica. Minucias. Soñamos con otras cosas, más clandestinas y más alegres. Compromisos, ya no los haremos más, porque tenemos menos necesidad de hacerlos. Y encontraremos siempre los aliados de los que tengamos ganas o que tengan ganas de nosotros.

Así que supones que estoy pillado. No es verdad: ni Félix ni yo nos hemos vuelto los sub/jefes de una sub/escuela. Y si alguien utiliza *El anti/Edipo*, nos importa un bledo, puesto que estamos ya en otro lugar. Me presumes pillado políticamente, reducido a fir-

mar manifiestos y peticiones, "super/asistenta social": no es verdad, y entre todos los homenajes que hay que brindarle a Foucault, está el de haber roto por su cuenta y el primero la máquina de recuperación, y de haber sacado al intelectual de su situación política clásica de intelectual. Vosotros, vosotros todavía estáis en lo de la provocación, la publicación, los interrogatorios, las confesiones públicas ("confiésalo, confiésalo..."). Siento venir, al contrario, la edad próxima de una clandestinidad medio voluntaria medio impuesta, que será el más joven deseo, incluido el político. Me declaras pillado profesionalmente, porque hablé durante dos años en Vincennes[2], y que, dicen dices, ya no hago nada. Piensas que, en tanto que hablé, estaba en una contradicción, "rechazando el empleo de profesor, pero condenado a la docencia, cogiendo de nuevo el arnés cuando todo el mundo lo había dejado": no soy sensible a las contradicciones, no soy una bella alma viviendo lo trágico de su condición; hablé porque lo deseaba mucho, fui apoyado, injuriado, interrumpido, por militantes, por falsos/locos, por verdaderos/locos, por imbéciles, por tipos muy inteligentes, había una cierta guasa viva en Vincennes. Duró dos años, es suficiente, hay qué cambiar ¿no? Por ello, ahora que ya no hablo en las mismas condiciones , dices o cuentas que dicen que ya no hago nada, que soy impotente, gorda reina impotente. No es menos falso: me escondo, continuo haciendo mis cosillas con el menor numero de gente posible, y tú, en vez de ayudarme a no convertirme en una vedette, ahí estas pidiéndome cuentas y dándome a elegir entre la impotencia o la contradicción. En fin, me dices pillado personalmente, familiarmente. Ahí no vuelas muy alto. Explicas que tengo una mujer, y también una hija que juega a las muñecas, y que se pasea por los rincones. Y eso te hace reír en relación a *El anti/Edipo*. Podrías también decirme que tengo un hijo casi en edad de hacerse psicoanalizar. Si crees que son las muñecas las que producen Edipo, o bien el matrimonio en cuanto tal, es curioso. Edipo, no es una muñeca, es una secreción interna, es una glándula, y nunca se ha luchado contra las secreciones edípicas sin luchar contra uno mismo, sin experimentar contra uno mismo, sin haberse vuelto capaz de amar y de desear (en vez de la llorona voluntad de ser amado que nos conduce a todos al psicoanalista). Los amores no/edípicos, no son asunto baladí. Deberías saber que no basta con ser soltero, sin hijos, marica, miembro de grupos, para evitar el Edipo, en tanto que hay Edipo de grupo, homosexuales edípicos, M.L.F. edípicos..., etc. Como testigo un texto, "Los árabes y nosotros"[3], y que es todavía más edípico que mi hija.

No tengo pues nada que "confesar". El relativo éxito de *El anti/Edipo* no compromete ni a Félix ni a mí; no nos concierne, en cierto modo, puesto que estamos con otros proyectos. Paso pues a tu otra crítica, más dura y más sufrida, que consiste en decir que en lo que a mí se refiere he ido siempre a la zaga, escatimando mis esfuerzos, aprovechándome de las experimentaciones de los demás, maricas, drogados, alcohólicos, masoquistas, locos..., etc, gustando vagamente sus delicias y sus venenos sin nunca

[2] Se refiere a la Universidad de Vincennes (París). Universidad creada tras los sucesos del Mayo del 68 como centro experimental, fue un conglomerado de ilustres profesores (como por ejemplo Roland Barthes, Michel Foucault, Michel Serres, François Chatelet, etc.) y de excitados alumnos deseosos de "algo más" que el simple ir a clase... No hacía siquiera un mes que la nueva universidad había sido inaugurada cuando estaba ya alegremente ocupada por los estudiantes. En su no larga existencia, Vincennes fue foco constante de desórdenes, quejas, e incidentes políticos. (Nota del traductor.)

[3] *Recherches, id.* (Nota del autor).

arriesgar nada. Vuelves contra mí un texto que he escrito, en el que me pregunto sobre cómo no volverse un conferenciante profesional sobre Artaud, un amateur mundano de Fitzgerald. ¿Pero qué es lo que sobre mí sabes, una vez dicho que creo en el secreto, es decir en el poder de lo falso, más que en los relatos que testimonian de una deplorable creencia en la exactitud y verdad? Si no me muevo, si no viajo, tengo como todo el mundo mis viajes *in situ* que no puedo medir sino con mis emociones, y expresar de la manera más oblicua y desviada en lo que escribo. Y mis relaciones con los maricas, los alcohólicos o los drogadictos, ¿qué es lo qué tienen que ver aquí, si obtengo en mí efectos análogos a los suyos por otros medios? Lo interesante no es saber si me aprovecho de esto o aquello, sino saber si hay gentes que hacen tal o tal cosa en su rincón, yo en el mío, y si hay encuentros posibles, azares, casos fortuitos, y no alineamientos, adhesiones, toda esa mierda en el que se supone que cada uno es la mala conciencia y el corrector del otro. No os debo nada, así como tampoco me debéis vosotros nada a mí. No hay razón alguna para que vaya a vuestros guetos, puesto que tengo los míos. El problema nunca ha consistido en la naturaleza de tal o tal grupo exclusivo, sino en las relaciones transversales en las que los efectos producidos por tal o tal cosa (homosexualidad, droga, etc.) *pueden siempre ser producidos por otros medios*. Contra aquellos que piensan "soy esto, soy lo otro", y que piensan por ello de modo psicoanalítico (referencia a su infancia o a su destino), hay que pensar en términos inciertos, improbables: no se lo que soy, tantas investigaciones o ensayos son necesarios, no/narcicistas, no/edípicos / ningún marica podrá jamás decir con certeza "soy marica". El problema no es el de ser esto o lo otro en el hombre , sino más bien el de un devenir inhumano, de un devenir universal animal: no el tomarse por una bestia, sino deshacer la organización humana del cuerpo, atravesar tal o tal zona de intensidad del cuerpo, descubriendo cada uno las zonas que le son propias, y los grupos, las poblaciones, las especies que las habitan. ¿Por qué derecho no debería hablar yo de la medicina sin ser médico, si hablo de ello como un perro? ¿Porqué no hablaría de la droga sin estar drogado, si hablo de ello como un pajarillo? ¿Y porqué no habría de inventar un discurso sobre alguna cosa, incluso si dicho discurso es completamente irreal y artificial, sin que me pidan los títulos que me dan derecho a sostenerlo? A veces la droga hace delirar, ¿porqué no deliraría yo acerca de la droga? ¿Qué diablos podéis vosotros hacer con vuestra "realidad"? Romo realismo el vuestro. ¿Y porqué me lees entonces? El argumento de la experiencia reservada es un mal argumento reaccionario. La frase que prefiero de *El anti/Edipo* es: no, nunca hemos visto esquizofrénicos.

¿Qué hay en tu carta finalmente? Nada de ti mismo, salvo el bello pasaje. Un conjunto de rumores, se dice, que presentas ágilmente como viniendo de los otros o de ti mismo. Puede que lo hayas querido así, una especie de pastiche de ruidos aislados. Es una carta mundana, bastante snob. Me pides un "inédito", y luego me escribes maldades. Mi carta, a causa de la tuya, tiene el aspecto de una justificación. No va muy allá. No eres un árabe, eres un chacal. Lo haces todo para hacer que me vuelva aquello que me criticas haberme vuelto, pequeña vedette, vedette, vedette. Yo no te pido nada, pero te quiero mucho / para acabar con los rumores.

Traduccion de *Juan Manuel Fabre*